

Ensayo

Cáncer y Literatura

José M^a Rodríguez Tejerina

Decía don Gregorio Marañón que, nada es instructivo para el conocimiento de las enfermedades como los ejemplos literarios. Mas que las descripciones de los médicos. El escritor recoge sus impresiones directamente de la realidad, "sin prejuicios científicos que resten valor humano a las observaciones médicas".

Curiosamente no se menciona, apenas, en la Literatura española contemporánea, la pesadilla del cáncer. Los grandes protagonistas literarios de las enfermedades hispanas son, siempre, las epidemias antiguas, las hambrunas y sobre todo, hasta épocas aún no muy lejanas, el actor principal es la tuberculosis pulmonar.

Unos escritores españoles

No cita tan siquiera el cáncer don Benito Pérez Galdós, minucioso cronista de otras muchas dolencias, entre ellas el *crup*, la difteria; las distintas oftalmías que conducen a la ceguera; la tuberculosis ósea de Tristana. No se refiere nunca al cáncer Pío Baroja en sus novelas. Ni Azorín en sus meticulosos ensayos. Tampoco lo hace Valle-Inclán, pese a padecer él mismo un implacable cáncer de próstata. Ortega, mundano, se olvida a la vez de su cáncer de estómago e ignora, también literariamente, los cánceres de los demás.

Una excepción, reciente, va a ser Camilo José Cela, en su novela *La cruz de San Andrés*, como veremos más adelante, quien ya hace padecer de cáncer a sus personajes.

Pabellón de cáncer

En 1963 se publica, al fin, la novela *Pabellón de cáncer*, del futuro premio Nobel de Literatura, el escritor ruso, Alexander Solschenizym, en la que se describe, por vez primera, la vida en un centro hospitalario especializado en la lucha contra el cáncer.

En *Pabellón de Cáncer* aparece la figura desesperada de un alto funcionario del Partido Comunista Soviético, Pavel Nikolaievich Rusanov, hombre corrupto, contumaz delator, aquejado de una absurda, voluminosa, creciente tumoración cervical y que es internado en el Pabellón número 13 de este hospital, *oblasto*, de una ciudad, capital de una República del mediodía oriental de la Unión Soviética. Desde *el otro lado de su cáncer*, Rusanov se angustia. Rememora su opulento pasado estalinista. Es ahora ya, solamente, un derrotado miembro de la colectividad.

Otro personaje, el principal de la obra, ficción literaria del propio Alexander Solschenizym, simboliza una rebelde ideología política contraria. Es la imagen alta, desgarbada, insolente, del solterón, sensible y mujeriego, Oleg Filimonowich Kostoglotow. Desterrado "a perpetuidad" en un remoto lugar de Asia por su talante liberal, padece un doloroso cáncer de estómago en fase terminal.

En los pasillos, en la miserable sala de pacientes oncológicos, se encuentran hacinados otros cancerosos; el repulsivo y sarcástico Yefrem Podduyer, operado varias veces de unas tumoraciones en el cuello, que porta un aparatoso vendaje; Shulubin, atormentado por tenerse que someter, pronto, a la fétida servidumbre de un ano contra-natura; Sibgatov, con el hueso sacro roído por el cáncer y las radiaciones; Vadim, muy joven, ilusionado geólogo, con un maligno melanosarcoma en una pierna que confía su curación en el envío de su madre, desde Moscú, de un milagroso oro coloidal. A un compañero de sala le han amputado la pierna por

idéntica causa. El desencajado Ajmadzhan; Asya, una adolescente de diecisiete años a la que han cortado un pecho; Azorkin; y tantos más.

Discuten continuamente entre ellos si deben abrirse o cerrarse las ventanas. Unos pocos juegan al ajedrez, o leen. Esconden la comida que les envían sus parientes. Esperan el baño semanal, a veces de agua caliente, como un gran acontecimiento.

Sufren diversas y arriesgadas intervenciones quirúrgicas que les practica el petulante cirujano-jefe Lev Leonídvich, secundado por cuatro médicos ayudantes, tres de ellos femeninos. Se les aplica, además, una terapéutica fisico-medicamentosa; grandes dosis de radioterapia, abundantes remedios quimioterápicos; hormonas; mostazas nitrogenadas, sinastrol, tezáñ, pentaxil; oro radioactivo.

Zoya es una enfermera optimista, sana, enamoradiza. La doctora Ludmila Afanasievna Dontsova, la médica-jefe, es muy seria y enérgica, sumamente eficaz. Acabaré padeciendo también un dolorosísimo carcinoma de estómago (*). Otra doctora (en la antigua URSS el 70 por ciento de los médicos eran mujeres), la romántica Vera Kornilieuna Gangart, Vega, se enamora de Oleg Kostoglotow. Oleg cree en las virtudes sanadoras de la raíz de *issik-kul*, el acónito, disuelto en vodka, y oculta un frasco de la prohibida mixtura en un sucio cajón de su mesilla de noche.

Otros cancerosos confían en el *zhan-tak* la planta espinosa de la que los kaza-

jos extraen un centenar de eficaces medicinas. Y en la *chaga*, el cáncer del abedul.

Oleg sueña con casarse con Zoya, o con Vega; poder volver, enseguida, a vivir en la pequeña aldea siberiana en la que se halla desterrado. Y consigue el alta, un buen día, a petición propia, confiado, ingenuamente, en una falaz mejoría. Es primavera.

Sale Kostoglow del Pabellón número 13 del recinto hospitalario. Recorre la ciudad. Busca un albaricoquero en flor. Come unos sabrosos pinchitos de carne. Saborea un delicioso helado. Se sube a un tranvía. Compra, sin saber bien para qué, una plancha eléctrica en unos grandes almacenes. Recala, por fin, en el Zoo y com prueba, consternado, que un cruel visitante ha dejado ciego al *Macacus Rhesus* arrojándole tabaco a los ojos.

No acude a los domicilios de la enfermera Zoya ni de la doctora Vega, quienes le habían ofrecido pasarse la noche en sus respectivos hogares. Se encamina, en cambio, melancólico, a la estación de ferrocarril. Saca un billete para su pueblo. Se sube a un vagón del tren. Se encarama a una litera. Se acuesta en ella. Le sobreviene, súbitamente, un mortal ataque al corazón.

Solschenizym, el autor de la novela padeció el mismo, en tiempos pasados, una neoplasia de la que logró curar, tras estar ingresado, largos meses, en una clínica para enfermos cancerosos.

Pabellón de cáncer nos recuerda "las novelas de la tisis". Entre ellas la muy conocida, *La Montaña Mágica*, de Thomas Mann. Y *Pabellón de reposo*, de Camilo José Cela. Reflejan estas tres obras la existencia de unos enfermos muchas veces incurables; los cancerosos y los tísicos. Unos pacientes trágicos, de atormentada psicología, con sentimientos íntimos que oscilan entre un disparatado optimismo y una oscura desesperanza.

(*) La neoplásia de la médica-jefe tuvo varios meses de evolución. El cáncer gástrico suele ser en sus comienzos, insidioso, casi asintomático. Lo que dificulta un diagnóstico precoz, un tratamiento quirúrgico oportuno. Ya se lamentaba Theodoro Storn, muerto de cáncer de estómago, en su poema, *Beguinin Des Ender* de que su tumoración no hubiera dado, al principio, síntomas significativos:

*No es más que un alfilerazo, no llega al dolor/
sólo se siente lo que no se sabe como nombrar.*

Conformidad cristiana

A lo largo de las páginas de *Pabellón de cáncer*, no se observa referencia metafísica alguna. La muerte es un inexorable acontecer biológico que despierta, única mente, un terror animal. Sería, para estos desgraciados enfermos, un doloroso extinguirse en la ignominia.

La palabra Dios no se menciona jamás. Ni se habla nunca de un posible Más Allá.

Alexander Solschenizym, "malgré tout", continúa siendo un convencido comunista; creyente; ateo.

Muy distinta a esta actitud, cerradamente materialista frente al obligado finar, es la que describe, seis lustros después, en 1990, un escritor español, Juan Antonio Callejo-Nágera. Aquejado, a su vez, de un horrible tumor, cuando le comunican los médicos que padece un cáncer inoperable en la cabeza de páncreas, da gracias a la Providencia por haberle avisado con tiempo. En su relato autobiográfico, *La puerta de la esperanza*, a pesar de la caquexia, de los muchos catéteres que atraviesan su cuerpo, de los distintos dolores, de los límites que le producen la enfermedad y de la quimioterapia, se muestra animoso, contento con su destino. La muerte, inminente, le abre de par en par las puertas de una anhelada vida eterna, plena de bienaventuranzas.

Recordemos otro caso, ejemplar también, de admirable conformidad cristiana; el de Zenobia Camprubí, la bella esposa, de ojos azules, de Juan Ramón Jiménez, que padeció, a lo largo de unos años, un cáncer ginecológico. Fue operada repetidas veces, tratada con radium y cortisona. Pese a que la neoplasia le producía grandes dolores, copiosas hemorragias, siguió, hasta su último aliento, prodigando maternales atenciones a su neurótico marido, el excelso poeta de Moguer.

La cruz de san Andrés

Con el correr de los años la dolencia que acongojaba a los personajes literarios

de Camilo José Cela, premio Nobel asimismo de Literatura, como Solschenizym, no es la poética tuberculosis que solía describir, una y otra vez, melancólicamente, en sus primeras obras, el escritor gallego. Se desvanece en su ánimo el triste recuerdo de *Pabellón de reposo*, su vivencia temprana de un padecer somático transfigurado en lírica prosa. Surge ahora, patética, la imagen inmisericorde del cáncer en su muy reciente, y laureada novela de 1994, *La cruz de san Andrés*. Son los cánceres de mama, matriz, próstata, hígado.

Clara Erbecedo Fernández (en realidad su nombre es Ermitas), murió de un cáncer de útero. "le picó la víbora (o la tarántula), de la espigaruela y no pudo resistirlo, el cáncer es igual que un accidente de carretera".

La incierta, perversa, lasciva Clara, "no pudo resistir el embate, tenía todo el organismo sembrado de miseria, el doloroso final del cáncer de útero".

Otro personaje de esta misma novela es la sensual Lolita Araújo. Finó de un cáncer de mama. "Le mordió el cangrejo venenoso del zaracatán y se murió a los tres meses, se conoce que ya venía arrasando la miseria desde hace algún tiempo". "El cáncer de mama o el de útero, todo es lo mismo, zaracatán y espigaruela, lo malo es que muerde a una, el cáncer no es una enfermedad sino una víbora". Ataca lo mismo a una virgen que a una puta.

El cáncer de próstata -constata animoso Camilo José- es también muy maligno, pero no es de los peores. Al comandante don Alfonso, pedorrero impenitente, asiduo parroquiano de los burdeles de La Coruña, "le intervinieron de próstata en el Hospital de Marina del Ferrol del Caudillo". Le operó un teniente coronel médico de la Armada, don Casio Bernaldez, "que era un urólogo muy responsable".

Al cáncer de hígado, como el que padecía Fernando Gambiño, le llaman *cí-*

ripona en Fermoselle y Formarín. No llegó a matar a Fernando, pues lo ajusticiaron a garrote vil, antes de que el cáncer pudiera acabar con su vida.

En un ensayo anterior de Cela, incluido en su libro *El camaleón soletro*, se habla de un caso de cáncer de rara localización; de tiroides tal vez: "Al bachiller Gutiérrez le operaron de *cáncer de cocochas*. Le intervino, con éxito, don Jeremías José López Pardales".

Camilo José Cela, curandero vocacional, es muy proclive a recomendar extraños consejos curativos (más estrambóticos y mágicos que ortodoxos), para toda suerte de males, ciertos o imaginarios. Pero ante la terrible realidad del cáncer se abstiene, prudentemente, de preconizar terapéutica alguna. Si acaso comenta ciertos éxitos de la Cirugía y opina, de pasada, en una sólo ocasión, sobre las virtudes anticancerígenas del ajo. Admite, pues, tácitamente, el pronóstico casi siempre letal de los carcinomas.

Los libros *Pabellón de cáncer*, *La puerta de la esperanza*, *La cruz de san Andrés*, enfocan el problema acuciante del cáncer desde perspectivas bien diferentes. Su repercusión social que intenta resolver, colectivamente, el estado totalitario comunista de la antigua Unión Soviética. Su faceta individual, providencialista, mística, de unos católicos frente al misterio del Más Allá. La crónica celiana, tremendista, de la enfermedad; sus esotéricas causas, sus síntomas, tan crueles.

Descripciones que muestran cómo en la segunda mitad del siglo XX, desaparecidas ya casi totalmente las enfermedades infecciosas, olvidadas las epidemias

de antaño y la tuberculosis, prolongada la esperanza media de vida, toma renovados bríos una mítica dolencia de causa aún desconocida: el cáncer. Todo un reto para la petulante civilización moderna. Y surge, obligadamente, un afán de lucha en el mundo civilizado contra el cruel azote, que se refleja, sincera, directamente, en la literatura.

Hace cerca de cuatro siglos, Hieronymus Fabricius de Aquapendente, aconsejaba aliviar los dolores de estos enfermos. *Sembrar de rosas el camino del cementerio*.

La Mitología

Fatalista, piadosa recomendación la de lejano galeno. Que nos entristece profundamente, pues nos recuerda el fracaso en demasiadas ocasiones todavía, de la terapia anticancerosa.

Seguimos ignorando la génesis del *karkinos*, el *karkinoma*, el siniestro cangrejo de feroces pinzas de la Medicina Helénica. Continuamos esperando, angustiados, la llegada de un omnipotente señor Godot. De la genoterapia, quizás.

En un estremecedor simbolismo la mitología griega nos enseña cómo Prometeo, hijo de Jépeto y Clímene, entregó a sus amigos los hombres el fuego robado a los dioses. Zeus le castiga. (¿Con un cáncer?). Le encadena a una roca del Cáucaso. Un águila le devora, continuamente, el hígado (que le vuelve a crecer sin cesar), causándole tremendos dolores. Hasta que llega Heracles y da muerte a la feroz ave carnívora; pone fin al atroz suplicio.